

—cosa ciertamente difícil—, las llamadas de esta autora quedan perdidas en el aire, como referencias esotéricas. Por otra parte, éste y otros ejemplos muestran tendencia al despilfarro, pues son obras de muy fácil consulta para cualquier lector interesado.

Pero también se da el caso contrario. Obras de muy difícil acceso y sobrada importancia —como en los casos de Briesemeister (1959) o algún título de los 7 *ensayos sobre Rosalía* (Vigo 1952)— aparecen recortados de tal modo que son prácticamente inservibles. El ejemplo más absurdo son los dos párrafos recogidos del artículo de Bouza-Brey, 'Los amores de Aurelio Aguirre y su amistad con Rosalía', por los que nos enteramos solamente de lo que ya anuncia el largo título: Aguirre, aunque tuviese sus amores, era tan sólo buen amigo de Rosalía. De los datos aducidos por Bouza y de su demostración, nada.

Junto a esto, Alonso Montero incluye trabajos cuyo interés no es, por ser, ni siquiera histórico. Un buen ejemplo es el artículo de Taboada Fernández (1880), escrito todo él con frases de este subido lirismo: «¡Tiempo era ya de que la alondra de estos encantados bosques, aquélla que en los placenteros días de su juventud hermosa, exhaló risueños trinos, rindiese hoy un nuevo homenaje a las musas galicianas, gorgoando, siquiera sea melancólicamente, entre nuestras selvas oscuras!» (p. 242).

Pese a lo anterior, no quisiéramos volcar la crítica del lado negativo con esas pequeñas tachas. Como obra de consulta, el lector encontrará en ella comentarios ya rarísimos de contemporáneos o referencias posteriores muchas veces citadas y muy poco leídas en su contexto. Dada la dispersión de la crítica rosaliana y la extrema rareza de algunos títulos, la obra del profesor Alonso Montero puede ser de gran utilidad para cuantos busquen una cita perdida en el ya extensísimo repertorio bibliográfico de la autora gallega.

Luis Caparrós Esperante

P. BAROJA: *El árbol de la ciencia*; ed. de Pío Caro Baroja (Madrid, Cátedra, 1985).

Pío Baroja es un novelista con bastante bibliografía, pero de escasos grandes libros a él dedicados; ello implica actualidad en su obra y dificultad de la misma, muy apreciada, en efecto, pero con notables problemas de no fácil solución. Una importante aportación es la edición de *El árbol de la ciencia* realizada por Pío Caro Baroja, que ahora comentamos.

En una breve pero interesante 'Introducción', comienza el crítico por centrar la figura de Pío Baroja como uno de los novelistas más cultos del panorama literario español. Hecho este que, sin duda, viene determinado por haber nacido en el seno de una familia con inquietudes artísticas y con un nivel cultural alto, amén de la preocupación personal de Baroja por las cuestiones literarias, científicas y culturales.

A continuación, bajo el epígrafe titulado «La época. El ambiente», Caro Baroja destaca en el novelista unas grandes dotes para observar la vida pública del siglo pasado, con lo que viene a convertirse en un cronista de la época que le tocó vivir. De esta manera su obra *El árbol de la ciencia* (1911) puede ser considerada casi como una autobiografía del autor. La

acción se sitúa en los mismos años en que Baroja fue estudiante de medicina y médico rural, es decir, entre 1887-1896, que vuelve a Madrid.

Señala también el crítico la clara influencia de otra novela: *Camino de perfección*, sobre ésta que nos ocupa. Ambas son novelas de protagonista. Sus personajes principales están contruidos con una estructura psicológica semejante, aunque cada uno esté atormentado por diferentes motivos: Hurtado (árbol de la ciencia), por su afán de llegar a la verdad científica, y Osorio (camino de perfección) por descubrir la verdad vital.

En las dos obras se ve una clara preocupación científica. Por otro lado, Pío Caro Baroja pone de relieve la natural inclinación de los hombres de esta época por la ciencia «como algo nuevo que vendrá a paliar todas las desgracias del hombre, y sobre la ciencia, se crea toda una ilusión y un romanticismo sin límites porque entre otras cosas traerá un mejoramiento de la humanidad y del individuo» (p. 20).

Finalmente, en un apartado titulado «La muerte», explica P. Caro que Baroja sólo concedía la muerte a sus personajes más queridos, una vez que éstos completaban su ciclo de acción y pensamiento. Cierra el crítico su estudio introductorio con la afirmación siguiente: «La última muerte que dio Baroja fue la que se concedió a sí mismo, fiel a sus ideas, rodeado de un ambiente político hostil y enterrado una mañana de sol pálido, en el cementerio civil, acompañado por un grupo de amigos y de estudiantes. Con él iban Juan, Andrés, Martín, Juan, Jaime..., y muchos otros que habían vivido pensando, luchando por un mundo más justo, más bondadoso, distinto» (p. 26).

Un resumen de bibliografía barojiana completa la edición que comentamos, sin duda muy válida para estudiantes y para toda clase de público interesado por la novela.

Elisa M.^a Domínguez de Paz

P. CALDERON DE LA BARCA: *El mágico prodigioso*, edic. de Bruce W. Wardropper (Madrid, Cátedra, 1985).

Los amantes del teatro no podemos menos que felicitarnos por la aparición de ediciones como la que ahora nos ocupa. Con la comedia hagiográfica, *El mágico prodigioso*, consigue Calderón de la Barca ahondar en la conducta y en los mecanismos anímicos del ser humano. En el estudio introductorio a esta edición, Wardropper, comienza por destacar que la obra fue hecha por encargo del Ayuntamiento de Yepes (Toledo) en el año 1637, para que formara parte de la celebración del Corpus Christi. Don Pedro Calderón de la Barca pone sobre el tapete uno de los mitos más generales en la literatura universal: el del ser humano que pacta con el demonio, para conseguir algo que le obsesiona. Berceo, Marlowe y Goethe, entre otros, han tratado este aspecto bajo ángulos de visión diferentes.

El argumento de la comedia se centra en la vida de los santos Cipriano y Justina; la leyenda de estos personajes ya estaba muy difundida en la Edad Media. Afirma Wardropper que «en el siglo xx, el Vaticano los ha degradado (a Cipriano y Justina) del estado de santos reconocidos al de una leyenda piadosa que puede aprovecharse para fines devotos» (p. 12). Más adelante señala el crítico que cuando la leyenda se incorpora a la